



Un barco en el jardín

Jean-François Laguionie

Slocum et moi

Luxemburgo, Francia, 2024

Guion: Anik Le Ray y Jean-François Laguionie

Montaje visual: Aurélien Antezac

Animación: Gilles Rudziak

Distribución: Pack Mágic

En salas

CRISTINA APARICIO

¿Cuánto mundo cabe en un jardín? El último largometraje de Jean-François Laguionie podría ser la respuesta a esta pregunta, un film-homenaje que celebra la imaginación, la singular (y necesaria) capacidad de los seres humanos para trascender el tiempo y el espacio con el poder de la mente. Imaginar, soñar, construir increíbles realidades son algunos de los superpoderes sanadores que salvaguardan tesoros tan valiosos como la inocencia o la esperanza, emociones que con el paso de los años siempre parecen estar en peligro de extinción. *Un barco en el jardín* aborda, precisamente, esa especial manera de habitar el mundo, la de los inconformistas que no se circunscriben a lo terrenal, a lo físico. Para ello, se sirve de la primera persona, del relato subjetivo de su protagonista Pierre, que echa la vista atrás para reconstruir un episodio de su infancia. “Dibujaré (los recuerdos) a medida que me vengan a la mente”, explica en los primeros minutos del film, consciente de que dejará mucho fuera, de que desordenará los sucesos para salvaguardar el aspecto más emocional de la historia, de su historia.

Con una sencilla y naturalista animación estilo carboncillo, la sutileza es uno de los rasgos más significativos de una cinta que pone en valor la delicadeza y la nostalgia en el acto de fabular. A pesar de su naturaleza contenida, no le falta épica al relato, continuamente apuntalado por escenas del libro que el joven Pierre está leyendo: las memorias escritas por Joshua Slocum, el primer hombre en circunnavegar solo la Tierra en 1895. Así, la historia del legendario marino se entrecruza con la de Pierre, ese joven siempre sentado en el resquicio de la ventana, que observa a sus padres desde fuera y desde dentro. Pero donde resulta más brillante la cinta es a nivel simbólico: la réplica del navío que el padre está construyendo viene a convertirse en el elefante en la habitación. Todo lo que ellos no se dicen está visiblemente ahí, convertido en un proyecto compartido e inacabado. Algo así como lo que viene siendo la familia. 🐘



Riefenstahl

Andres Veiel

Alemania, 2024 **Guion:** Andres Veiel

Montaje: Alfredo Castro, Stephan Krumbiegel y Olaf Voigtländer

Fotografía: Toby Cornish **Documental**

Disponible en Filmin

ÁUREA ORTIZ VILLETA

Leni Riefenstahl ha pasado a la historia del cine como la creadora de dos obras extraordinarias y de gran influencia posterior, *El triunfo de la voluntad* (1934) y *Olimpiada* (1938). En ellas, la cineasta puso su indudable talento al servicio del mal, creando gran parte de la iconografía nazi, para pasarse después el resto de su vida negando que eso fuera cierto y cualquier tipo de responsabilidad sobre las consecuencias de sus creaciones. El relevante documental de Andres Veiel va directo a este asunto, porque hay cosas que definen toda una vida, aunque sea larguísima como la de Riefenstahl, y se empeña en desvelar, a través de imágenes de la cineasta y todo tipo de documentos visuales, escritos o sonoros, por qué hizo lo que hizo, cómo se crean obras de gran belleza para enmascarar el horror y cómo es posible vivir con ello.

Para conseguirlo, Veiel no hace un relato biográfico al uso, ni confía simplemente en el poder de los materiales inéditos que presenta, que son unos cuántos y bien interesantes. Las intervenciones públicas de la cineasta, los fragmentos de sus filmes, las fotografías y documentos personales y las conversaciones grabadas con gente de su entorno se organizan no cronológicamente gracias a un minucioso ejercicio de montaje visual y sonoro que busca rimas y relaciones internas. A veces, con los modos y la libertad propias de un videoensayo, indaga con lentos movimientos de cámara o *zooms* de aproximación en el interior de las imágenes que creó la cineasta o aquellas en las que aparece. De ese ejercicio de indagación y montaje emerge la figura de una creadora profundamente narcisista y frívola, incapaz de, o empecinada en no, hacerse cargo del poder y las consecuencias de su obra. Y, con ello, emerge algo más inquietante y menos explicado: la tolerancia con el nazismo en capas no tan ocultas de la sociedad alemana, como revela esa impagable conversación entre Riefenstahl y Albert Speer sobre los honorarios que reciben por sus apariciones públicas, más de veinte años después de la caída de Hitler. Algo más que la banalidad del mal. 🐘